



LA IGLESIA Y EL REINO DE DIOS

José María Castillo

1. INTRODUCCION

La Iglesia no se identifica con el Reino de Dios, pero se relaciona estrechamente con él. Esto se ve claramente si nos fijamos en el vocabulario del Nuevo Testamento. El Reino (basileia) aparece 163 veces en los escritos del Nuevo Testamento; de ellas, 107 en los evangelios y 56 en los demás escritos. Por el contrario, la Iglesia (ekklesía) aparece 114 veces en el Nuevo Testamento; de ellas, solo 3 veces en el evangelio de Mateo y 111 en los demás escritos. Por lo tanto, no se identifican sin más el Reino y la Iglesia.

Pero esto no quiere decir que sean dos realidades que no tienen que ver la una con la otra. Un día dijo Jesús a su comunidad de discípulos: "Pequeño rebaño, no temas, porque al Padre le agradó darte el Reino" (Lc. 12, 32; cf. 22, 28-30). Por lo tanto, el Reino de Dios se relaciona estrechamente con la comunidad de Jesús.

Esto quiere decir que es falsa la afirmación de Loisy: "Jesús anunciaba el Reino de Dios, y fue la Iglesia lo que vino". Porque en los Hechos y en las Cartas de los apóstoles se habla del Reino como de una realidad que perdura y que está íntimamente ligada a la Iglesia. Y eso en un sentido concreto, a saber: en cuanto que la Iglesia tiene que anunciar y hacer presente el Reino de Dios entre los hombres. Los testimonios del Nuevo Testamento en este sentido son abundantes (Hech 8, 12; 14, 22; 19, 8; 20, 25; 28, 23; 28, 31; Rom. 14, 17; 1 Cor. 4, 20; 6, 9. 10; 15, 50; Gal. 5, 21; Ef. 5, 5; Col. 4, 11; 1 Tes. 2, 12; 2 Tes. 1, 5; etc).

Por consiguiente, para comprender lo que es la Iglesia, se hace enteramente necesario comprender previamente lo que es el Reino de Dios. La Iglesia tiene que acomodarse al Reino de Dios. Y tiene que hacerlo presente entre los hombres. Por lo tanto, la Iglesia es lo que tiene que ser en la medida en que ella misma vive la realidad del Reino y así lo hace presente en el mundo y en la sociedad.

Esto quiere decir, en definitiva, que desde el Reino se comprende a la Iglesia. Porque una Iglesia que no vive lo que es el Reino de Dios, no puede ser la verdadera Iglesia que Jesús quiso. De ahí la importancia que tiene el tema del Reino para comprender a la Iglesia.

2. EL CENTRO DE LA PREDICACION DE JESUS

Hoy está fuera de duda que el centro mismo de la predicación y del mensaje de Jesús es su enseñanza sobre el Reino de Dios. El evangelio de Marcos lo ha resumido muy bien con estas palabras: "Cuando detuvieron a Juan (el Bautista), Jesús se fue a Galilea a pregonar de parte de Dios la Buena Noticia. Decía: se ha cumplido el plazo, ya llega el Reinado de Dios. Enmendaos y creed la Buena Noticia" (Mc. 1, 14-15). En estas palabras hay dos cosas muy claras: por una parte, que el mensaje esencial de Jesús era su predicación sobre el Reino; por otra parte, que esa predicación sobre el Reino es la Buena Noticia, el Evangelio que Jesús tenía que proclamar. Por consiguiente, queda claro que el centro mismo del Evangelio es la predicación sobre el Reinado de Dios.

Por eso se comprende la extraordinaria frecuencia con que Jesús habla, en su predicación, sobre el Reino. Vale la pena recordar los textos.

En primer lugar, los dichos de Jesús sobre el Reino: anuncio de su presencia (Mc. 1, 15); venida próxima con poder (Mc. 9, 1); el Reino y los niños (Mc. 10, 14); el Reino y el rico (Mc. 10, 25); el dicho escatológico de la cena (Mc. 14, 25; Lc. 22, 18); la bienaventuranza de los pobres (Lc. 6, 20); Juan y la generación del Reino (Lc. 7, 28); el Reino y el triunfo sobre los demonios (Lc. 11, 20); las naciones en el banquete del reino (Lc. 13, 28 s); el Reino de Dios y los violentos (Lc. 16, 16); el Padre Nuestro (Lc. 11, 2); la elección de recaudadores y prostitutas (Mt. 21, 31); el Reino y el pequeño rebaño (Lc.

12, 32); el Reino está entre vosotros (Lc. 17, 20 s).

En segundo lugar, las parábolas del Reino: la semilla que crece sola (Mc. 4, 26-29); el grano de mostaza (Mc. 4, 30-32 par); la levadura (Lc. 13, 20 s); la cizaña (Mt. 13, 24-30); el tesoro (Mt. 13, 44); la perla (Mt. 13, 45 s); la red (Mt. 13, 47-50); el empleado que no compadece (Mt. 18, 23-24); los trabajadores de la viña (Mt. 20, 1-16); las diez muchachas (Mt. 25, 1-12); el festín (Mt. 22, 1-14); la higuera (Lc. 21, 29-31).

En tercer lugar, otras afirmaciones de los evangelios sobre el Reino: el misterio del Reino (Mc. 4, 11 par.); entrar en el Reino a toda costa (Mc. 9, 47 par.); el letrado cercano al Reino de Dios (Mc. 12, 34); José de Arimatea espera el Reino de Dios (Mc. 15, 43 par.); los discípulos deben proclamar la proximidad del Reino de Dios (Lc. 10, 9); hay que buscar el Reino de Dios ante todo (Lc. 12, 31); el Reino destinado a los discípulos (Lc. 22, 28-30); dichosos los perseguidos por su fidelidad (Mt. 5, 10); "pequeños" y "grandes" en el Reino (Mt. 5, 19); para entrar en el Reino hace falta una fidelidad superior (Mt. 5, 20); los justos brillarán en el Reino (Mt. 13, 43); el letrado que entiende del Reino (Mt. 13, 52); las llaves del Reino (Mt. 19, 12); traspaso del Reino a otros (Mt. 21, 43); heredarán el Reino en el juicio (Mt. 25, 34); el que vuelve la vista atrás (Lc. 9, 62); cercanía del Reino (Lc. 10, 11); "dichosos los que coman..." (Lc. 14, 15); la Pascua cumplida en el Reino (Lc. 22, 16).

En cuarto lugar, otros dichos menos importantes: el Reino proclamado por el Bautista (Mt. 3, 2); el "evangelio del Reino de Dios" (Mt. 4, 23; 9, 35); voluntad de Dios y entrada en el Reino (Mt. 7, 21); el "mensaje" del Reino (Mt. 13, 19); el más grande en el Reino (Mt. 18, 1. 4); letrados y fariseos que cierran el Reino (Mt. 23, 13); el "evangelio" del Reino (Mt. 24, 14); "evangelizar" el Reino (Lc. 4, 43); proclamar la buena noticia del Reino (Lc. 8, 1); proclamar el Reino (Lc. 9, 2); Jesús habla del Reino (Lc. 9, 11); vete a anunciar el Reino (Lc. 9, 60); renunciar por el Reino (Lc. 18, 29); falsa creencia en la inminencia del Reino (Lc. 19, 11); señales de la cercanía del Reino (Lc. 21, 31).

Por último están los textos del evangelio de Juan sobre el Reino: condición para ver el Reino (Jn. 3, 3); condición para entrar en el Reino (Jn. 3, 5).

Como se ve, las afirmaciones del evangelio sobre el Reino de Dios son extraordinariamente frecuentes. Sin duda alguna, se trata del tema central en la predicación de Jesús.

3. CONCEPTO DINAMICO

Para explicar lo que es el Reino, vamos a empezar por aclarar el significado de la palabra misma. La palabra "reino" traduce el término hebreo **malkut**. Ahora bien, esta palabra tiene un sentido muy distinto al de la palabra "reino". Porque, en el Antiguo Testamento, sólo muy escasas veces designa **malkut** un reino en sentido local, un territorio. Sino que designa casi siempre el poder de gobernar, la autoridad, el poderío del rey. Pero no se entiende nunca **malkut** en sentido abstracto, sino siempre como algo que se está realizando. Por consiguiente, el Reino de Dios no es un concepto espacial, sino un **concepto dinámico**. Designa la soberanía real de Dios ejerciéndose **in actu**. De ahí que la traducción más adecuada no es la palabra "reino", sino más concretamente "reinado" de Dios.

4. SIGNIFICADO DEL REINO

¿Qué sentido tiene, en la predicación de Jesús, este Reinado de Dios? Una cosa es clara: decir que Dios va a reinar es lo mismo que decir que Dios va a ser efectivamente el rey. Y por tanto, decir que se va a imponer el designio de Dios, la voluntad de Dios, lo que Dios efectivamente quiere. Porque eso es lo característico del rey, según el concepto antiguo de la realeza: el soberano es el que manda, el que por eso impone su voluntad. Pero, ¿en qué consiste eso más en concreto?

Para responder a esta cuestión, hay que tener en cuenta que Jesús predicó su mensaje a un pueblo que vivía de las ideas y de las tradiciones del Antiguo Testamento. Por consiguiente, hay que echar mano de aquellas ideas y de aquellas tradiciones, para comprender lo que Jesús quería decir. Ahora bien, según las ideas del Antiguo Testamento, existía en Israel una profunda corriente de pensamiento según la cual se deseaba la venida de un rey que, por fin, iba a implantar en la tierra el ideal de la verdadera justicia (Sal. 44; 72; Is. 11, 3-5; 32, 1-3. 15-18). Porque, para los israelitas, eso era lo característico del rey: el que establece e implanta la justicia en el mundo, tal como se describe en el retrato del rey ideal, en los salmos 45 y 72.

En consecuencia, el significado del rey estaba determinado, para los israelitas, entre otras cosas, por el sentido que la justicia tenía para ellos.

Pero, ¿de qué justicia se trataba? Aquí es decisivo destacar que no se trataba de la justicia en el sentido del derecho romano: dar a cada uno lo suyo, emitir un juicio imparcial. La justicia del rey, según las concepciones de los pueblos de oriente, y también según las ideas de Israel desde los tiempos más antiguos, consistía en **defender eficazmente al que por sí mismo no puede defenderse**. De ahí que la justicia consistía, para Israel, en la protección que el rey prestaba -o debía prestar- a los desvalidos, a los débiles y a los pobres, a las viudas y a los huérfanos. En este sentido, el testimonio más claro es el que nos suministra el salmo 72:

"Dios mío, confía tu juicio al rey, tu justicia al hijo de reyes: para que rija a tu pueblo con justicia, a tus humildes con rectitud.

Que los montes traigan paz para tu pueblo y los collados justicia;

que él defienda a los humildes del pueblo, socorra a los hijos del pobre y quebrante al explotador...

porque él librará al pobre que pide auxilio, al afligido que no tiene protector, él se apiadará del pobre y del indigente y salvará la vida de los pobres; él vengará sus vidas de la violencia, su sangre será preciosa ante sus ojos".

(Sal. 72, 1-4. 12-4).

En este texto impresionante, se ve el sentido que tenía, para los israelitas, la idea de la justicia. Y la idea también del rey, que era quien tenía por misión implantar en la tierra semejante justicia. Por eso, cuando Jesús dice, en su predicación, que ya llega el Reinado de Dios, lo que en realidad quería decir es que, por fin, se va a implantar la situación anhelada por todos los descontentos de la tierra: la situación en la que va a realizarse efectivamente la justicia, es decir la protección y la ayuda para todo el que por sí mismo no puede valerse, para todos los desheredados de la tierra, para los pobres, los oprimidos, los débiles, los marginados y los indefensos. Por eso se comprende que, en la predicación de Jesús, el Reino es para los pobres (Lc. 6, 20), para los pequeños (Mt. 5, 19), para los niños (Mc. 10, 14), en general para todos los que la sociedad

margina y desestima.

5. PARABOLAS Y MILAGROS

Esta significación fundamental del Reino, en la predicación de Jesús, se ve plenamente confirmada por el sentido que tienen, en esa misma predicación, las parábolas y los milagros.

En cuanto a las parábolas, no se trata de hacer aquí un análisis detallado de las mismas. Para lo que en este momento nos interesa, hay que decir lo siguiente: Jesús destaca en sus parábolas la soberanía de Dios, que se acerca en el mismo Jesús (Mc. 1,15) y ya actúa en él (Lc. 11, 20), la soberanía divina, que impone eficazmente su voluntad, por encima de los egoismos humanos (Mt. 13, 30. 33. 49-50; 21, 20. 29. 41; 22, 7. 13; 25, 12. 26-27).

De lo dicho se sigue la necesidad imperiosa de actuar en consecuencia. Porque la soberanía de Dios exige la actuación consecuente del hombre. Así en la parábola de los talentos (Mt. 25, 14-30 par.; Lc. 19, 12-27), en la de las muchachas necias y prudentes (Mt. 25, 1-13; cf. 12, 35-40), a propósito del ladrón (Lc. 12, 39-40 par.) y del mayordomo infiel (Lc. 16, 1-2; cf. 12, 42-48; Mt. 18, 23; Lc. 7, 41-43). Por eso se comprende la necesidad de estar vigilantes, dispuestos a actuar en cualquier momento (Mt. 24, 45-51 par.; Lc. 12, 42-46. 47-48).

Pero lo más importante, en todo este asunto, está en comprender que la soberanía de Dios, según las parábolas, se manifiesta, de manera desconcertante y hasta escandalosa, en favor del pobre mendigo (Lc. 16, 19-31), en favor también de los pobres, los lisiados, los ciegos y los cojos (Lc. 14, 21 par.), los desgraciados de los caminos (Mt. 22, 19 par.), los que se han perdido (Lc. 15, 6. 9. 22-24), los herejes samaritanos (Lc. 10, 30-37), la viuda indefensa (Lc. 18, 1-8), los publicanos (Lc. 18, 10-14), los pobres criados o siervos inútiles (Lc. 17, 10). Todo lo que aquella sociedad despreciaba y marginaba es puesto por Jesús en primer plano, en el plano de sus preferencias. Es más, Jesús sale en defensa de lo que parece la mala hierba (Mt. 13, 24-30), mientras que ataca duramente al rico que nada en la abundancia (Lc. 16, 23), al terrateniente que puede vivir tranquilo con sus bienes (Lc. 12, 13-21), al fariseo observante (Lc. 18, 11-12. 14), al que se compra una finca (Lc. 14, 18) y unas yuntas de bueyes (Lc. 14, 19), al hijo de papá que se

crea merecerlo todo (Lc. 15, 25-32).

En definitiva, las parábolas ponen las cosas al revés: privilegian lo que el mundo y la sociedad desprecian; y atacan severamente lo que el mundo y la sociedad aplauden. Porque el Reinado de Dios es la situación en la que finalmente los pobres van a ser los privilegiados, sencillamente porque van a dejar de ser pobres. El mensaje de las parábolas coincide plenamente con el significado del Reinado de Dios, tal como antes lo hemos analizado.

En cuanto a los milagros, hay que tener en cuenta, ante todo, que no se trata en ellos de pruebas prodigiosas para demostrar la divinidad de Jesús. Esto nos consta claramente por la respuesta que dió el mismo Jesús a quienes le pedían un "signo milagroso" para creer en él (Mc. 8, 11). Las palabras de Jesús son tajantes: "¡Cómo!, ¡esta clase de gente busca una señal! Os aseguro que a esta clase de gente no se le dará señal" (Mc. 8, 12; Mt. 15, 32-39); cf. Mt. 12, 39; 16, 14; Lc. 11, 29). Por consiguiente, está claro que Jesús no admite eso de hacer milagros para convencer a los que no creían en él.

Pero entonces, ¿qué pretenden los evangelios al narrar los milagros de Jesús? Hay una palabra del propio Jesús que nos aclara la respuesta a esa cuestión: "Si yo echo los demonios con el Espíritu de Dios, señal que el Reinado de Dios ha llegado a vosotros" (Mt. 12, 28; cf. Mt. 8, 5-13; Lc. 11, 14-23; 7, 1-10). Por lo tanto, los milagros son las señales de la presencia del Reino, son el "clamor del Reino", como se les ha llamado muy bien (J. I. González Faus). El poder del bien triunfa sobre los poderes del mal. Y eso justamente es el Reinado de Dios.

En la mentalidad de aquel tiempo, las enfermedades, los males y las desgracias eran señales de la presencia del mal, señales del poder del Maligno. Por eso, los hechos prodigiosos que se atribuyen a Jesús, expresan que ya hay en el mundo alguien que es más poderoso que el Maligno. El bien del hombre triunfa sobre el mal del hombre. El Reinado de Dios está presente. En este sentido, se ha de entender la respuesta que da Jesús a los discípulos de Juan el Bautista:

"Id y contad a Juan lo que estáis viendo y oyendo: los ciegos ven y los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia la buena noticia" (Mt. 11, 4-5; Lc. 7, 18-23).

Jesús es el que tenía que venir, para establecer por fin el Reinado de Dios en el mundo. En definitiva, se trata de la asombrosa bondad de Jesús, que se pone de manifiesto en el remedio de todos los males. Jesús "pasó haciendo el bien por el país de los judíos" (Hec. 10, 38). O como decía la gente, según el evangelio de Marcos: "Todo lo hace bien. Hace oír a los sordos y hablar a los mudos" (Mc. 7, 37).

6. LA NUEVA SOCIEDAD

En definitiva, ¿qué es lo que nos viene a decir todo lo que hemos explicado aquí cerca del Reinado de Dios? Está claro que, en todo lo que hemos dicho aquí, se describe lo que podríamos llamar el ideal de una nueva sociedad. Una sociedad digna del hombre, en la que finalmente se implanta la fraternidad, la igualdad y la solidaridad entre todos. Y una sociedad además en la que si alguien es privilegiado y favorecido, ése es precisamente el débil y el marginado, el que por sí mismo no puede defenderse. De ahí que el Reinado de Dios, tal como lo presenta Jesús, representa la transmutación más radical de valores que jamás se haya podido anunciar. Porque es la negación y el cambio, desde sus cimientos, del sistema social establecido.

Este sistema, como sabemos de sobra, se basa en la competitividad, la lucha del más fuerte contra el más débil, y la dominación del poderoso sobre el que no tiene poder. Frente a eso, Jesús proclama que Dios es Padre de todos por igual. Y si es Padre, eso quiere decir obviamente que todos los hombres somos hermanos. Y si hermanos, por consiguiente iguales y solidarios los unos de los otros. Además, en toda familia bien nacida, si a alguien se privilegia, es precisamente al menos favorecido, al desgraciado y al indefenso. He ahí el ideal de lo que representa el Reinado de Dios en la predicación de Jesús.

7. MAS QUE UN PROYECTO DE JUSTICIA SOCIAL

Este ideal, que acabamos de ver, no se reduce a un mero proyecto de justicia social. Porque va mucho más lejos que todo eso, ya que solamente alcanzará su estadio definitivo en la plenitud de la vida, en el más allá, cuando Dios sea todo en todas las cosas. Además, el Reinado de Dios supone y exige conversión, cambio de mentalidad y de actitudes (Mc. 1, 15 par.), adhesión incondicional al mensaje y a la persona de Jesús (Mc.

4, 3-20 par.) y, en este sentido, interioridad, vida espiritual, una mística.

Pero aquí es fundamental comprender, de una vez por todas, que ni el estadio último del Reino ni la interioridad que eso exige, deben ser justificantes para mantener, en este mundo, situaciones de injusticia, en el sentido que sea. Todo lo contrario, el estadio definitivo del Reino será solamente la consumación de este estadio presente, es decir la consumación de la nueva sociedad, que antes hemos descrito sumariamente. Una sociedad que tiene que hacerse realidad en esa tierra, en las condiciones de nuestra sociedad actual.

8. LO QUE NO ES EL REINO

De todo lo que hemos visto hasta ahora se desprenden algunas consecuencias importantes. Y la primera de ellas es que el Reinado de Dios, en la predicación de Jesús, no se refería a la idea nacionalista, que tenían los israelitas, sobre todo los grupos más fanáticos, zelotas y sicarios. Jamás dió pie Jesús para que su predicación sobre el Reino se pudiera interpretar en ese sentido nacionalista. Por lo tanto, el Reinado de Dios no se puede interpretar en el sentido de un nacionalismo político. Por eso, el Reinado de Dios no se identifica con ninguna situación socio-política determinada: ni con el ideal del Sacro Romano Imperio, en la Edad Media; ni con los modernos proyectos de nacional-catolicismo (casos de Polonia, Irlanda y la España del régimen de Franco), que han perdurado hasta nuestros días. De ahí también la ambigüedad que entraña el proyecto de la llamada "democracia cristiana". Ningún proyecto político se adecua a la realidad de lo cristiano. El Reinado de Dios no se identifica con ningún proyecto humano.

De ahí también el Reinado de Dios (segunda consecuencia) tampoco consiste en una situación, que se vaya a implantar por la fuerza de las armas o el poderío de los ejércitos. Ni el Reinado de Dios consiste en una especie de golpe militar, que por la fuerza haga que las cosas cambien. Todo eso no tiene que ver absolutamente nada con el Reinado de Dios.

Por otra parte (y ésta es la tercera consecuencia), el Reinado de Dios, tal como lo presenta Jesús, no era, ni podía ser, el resultado de aplicar y vivir al pie de la letra la Ley religiosa de Israel. También Jesús defraudó las aspiraciones de su tiem-

po y de su pueblo a este respecto.

En el mismo sentido, hay que decir (cuarta consecuencia) que el Reinado de Dios no es tampoco el resultado de una práctica fiel y observante de las obras religiosas: el culto, la piedad, los sacrificios. Jesús tampoco se refiere a eso en su predicación. Con lo cual defraudó también las ideas y aspiraciones de muchos hombres de su pueblo y de su tiempo: sacerdotes, saduceos, quizás algunos grupos de esenios.

Y todo esto, en última instancia, es así porque el Reinado de Dios, como ya se ha dicho, es la "buena noticia", concretamente la "buena noticia" para los pobres, los que sufren, los perseguidos y los marginados. Pero es claro que la verdadera "buena noticia", que se les puede dar a tales personas, es que van a dejar de ser pobres, van a dejar de sufrir y van a salir de su situación desesperada. He ahí en qué consiste el proyecto de Jesús, el proyecto del Reinado de Dios.

9 LA ALTERNATIVA QUE OFRECE JESUS

A la vista de todo lo dicho hasta aquí, se comprende perfectamente que el Proyecto del Reino no se puede implantar a nivel de toda la sociedad. Por una razón muy sencilla: el proyecto del Reino no se puede implantar por la fuerza de la imposición colectiva; el proyecto del Reino tiene que venir mediante la conversión de los corazones y de las conciencias. Es decir, el Reinado de Dios se hará realidad en la medida en que haya hombres y mujeres que cambien radicalmente su propia mentalidad, su escala de valores, su apreciación práctica y concreta por el dinero, el poder y el prestigio. Ahora bien, eso no se va a dar a nivel de toda la población, es decir a nivel de toda la sociedad. A no ser que pretendamos caer en el totalitarismo y en la represión.

Por eso, se comprende fácilmente en qué consiste la alternativa que representa el proyecto del Reino con relación a los sistemas establecidos. Se trata de lo siguiente: la **libertad** y la **igualdad** son términos dialécticos. Es decir, si se privilegia uno, se excluye el otro, cuando ambos se pretenden imponer a nivel de toda la sociedad. Y así ocurre que, en los países del Este (los llamados países socialistas), se ha impuesto una determinada igualdad, pero ha sido a base de reprimir la libertad. Mientras en los pueblos de Occidente (los llamados países capita-

listas), se privilegia la libertad, pero es a base de terribles desigualdades. Ahora bien, a eso no hay más alternativa que el proyecto de aquellos que, con plena **libertad**, se proponen establecer entre ellos mismos la más plena **igualdad**.

En definitiva, esto quiere decir que el proyecto del Reino es realizable a partir de pequeñas comunidades, comunidades de base, que, por su fe en Jesús, se ponen a vivir el mensaje de **igualdad** y de **libertad** que nos presenta el Evangelio.

10. UNA IGLESIA PARA EL REINO

La Iglesia es ella misma en la medida en que se acomoda a la realidad y a las exigencias del Reinado de Dios. Porque solamente si la Iglesia vive la realidad y las exigencias del Reino, podrá hacer presente ese Reino de Dios entre los hombres.

Ahora bien, el Reino exige una conversión radical hacia los pobres: vivir desde ellos y con ellos la solidaridad, para hacer posible la nueva sociedad que Jesús presenta en su mensaje. Esto quiere decir que los pobres tienen que ser, no el **objeto** de los desvelos de la Iglesia, sino el **sujeto** que ocupa el centro mismo de la Iglesia. De tal manera que todo en la Iglesia debe organizarse y funcionar en torno al sujeto que son los pobres. Por lo tanto, el derecho en la Iglesia tendría que estar pensado y organizado en función de los derechos de los pobres. La pastoral tendría que girar en torno a los problemas y exigencias de los pobres. Lo mismo la economía, los ministerios y, en general, toda la vida de la Iglesia. Solamente entonces la Iglesia sería verdaderamente fiel al Reino.

Desde este punto de vista, merece una atención especial el tema de la teología. Una teología que se convierte a los pobres es una reflexión que repiensa sus grandes temas desde los pobres: Dios es el Dios de los pobres; Jesús es el liberador de los pobres; la Iglesia es la comunidad de los pobres; los sacramentos son los símbolos de la liberación de los pobres. Y así sucesivamente.

Pero, en realidad, ¿está la Iglesia hoy en condiciones de dar este giro tan radical? No podemos poner límites a la acción del Espíritu en su Iglesia. De la misma manera que el concilio Vaticano II representó la conversión y la apertura de la Iglesia hacia el mundo moderno, ¿no cabría esperar que el Vaticano

III represente la conversión y la apertura total de la Iglesia hacia los pobres?

Pero es claro que un concilio no se improvisa. Hacen falta constantes aproximaciones en la línea indicada, para que la realidad de un concilio tan sorprendente pudiera hacerse verdad. Además, ese hipotético concilio puede tardar muchos años; puede también no llevarse a cabo jamás. Por eso, nuestra tarea en el camino hacia los pobres tiene que ponerse en marcha desde ahora mismo. Porque es la tarea del Reino, que no soporta dilaciones ni retrasos.



De ahí que la Iglesia haya recibido la misión de anunciar e instaurar el Reino en todos los pueblos. Ella es su signo. En ella se manifiesta, de modo visible, lo que Dios esta llevando a cabo silenciosamente en el mundo entero. Es el lugar donde se concentra al máximo la acción del Padre, que en la fuerza del Espíritu de Amor, busca solícito a los hombres, para compartir con ellos -en gesto de indecible ternura- su propia vida trinitaria. La Iglesia es también el instrumento que introduce el Reino entre los hombres para impulsarlos hacia su meta definitiva.

Ella "ya constituye en la tierra el germen y principio de ese Reino" (LG 5). Germen que deberá crecer en la historia, bajo el influjo del Espíritu, hasta el día en que "Dios sea todo en todos" (1Cor 15,28). Hasta entonces, la Iglesia permanecerá perfectible bajo muchos aspectos, permanentemente necesitada de autoevangelización, de mayor conversión y purificación.

No obstante, el Reino ya está en ella. Su presencia en nuestro continente es una Buena Nueva. Porque ella -aunque de modo germinal- llena plenamente los anhelos y esperanzas mas profundos de nuestros pueblos.

Puebla 227-229